



CALIFORNIA BARBIE

ANDREU MARTÍN

edebé

periscopio

CALIFORNIA BARBIE

ANDREU MARTÍN

CALIFORNIA BARBIE



edebé

© Andreu Martín, 2012

© Ed. Cast.: edebé, 2012

Paseo de San Juan Bosco, 62

08017 Barcelona

www.edebe.com

Directora de la colección: Reina Duarte

Diseño de cubiertas: César Farrés

Fotografía de portada: Ed. Darack/Science Fiction Images/

Age Fotostock

1.ª edición, septiembre 2012

ISBN 978-84-683-0714-5

Depósito Legal: B. 22094-2012

Impreso en España

Printed in Spain

EGS - Rosario, 2 - Barcelona

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45).

*If you're going to San Francisco
be sure to wear some flowers in your hair.
If you're going to San Francisco
you're gonna meet some gentle people there.*

*All across the nation such a strange vibration.
People in motion.
There's a whole generation with a new explanation.
People in motion,
people in motion.
(...)*

Scott McKenzie

*Ah, ba ba ba ba Barbara Ann,
ba ba ba ba Barbara Ann
Oh, Barbara Ann, take my hand,
Barbara Ann...
You got me rockin and a-rollin
rockin and a-reelin
Barbara Ann ba ba
ba Barbara Ann.*

Beach Boys

Índice

Capítulo uno	9
Capítulo dos	18
Capítulo tres	26
Capítulo cuatro	32
Capítulo cinco	41
Capítulo seis	51
Capítulo siete	61
Capítulo ocho	73
Capítulo nueve	82
Capítulo diez	89
Capítulo once	98
Capítulo doce	112
Capítulo trece	119
Capítulo catorce	135
Capítulo quince	144
Epílogo	155

Capítulo uno

Soy amigo de Barbara Ann.

Sí, sí, Barbara Ann, Barbara Ann. La chica que se hizo famosa cantando aquella canción antigua de los Beach Boys, «ah, ba ba ba ba Barbara Ann, ba ba ba ba Barbara Ann...». Bueno, sí, *Electric Girl*, más famosa como la *Electric Girl* del cine que estrenaron la temporada pasada. Bueno, pues soy su amigo.

Sé que cuesta de creer, pero somos amigos. Mis compañeros del cole me dicen lo mismo: «Y yo soy amigo de Britney Spears», «Y yo soy amigo de Beyoncé», «Y yo tengo viviendo en mi casa a Paris Hilton».

La conocí a los catorce años, en la Escuela Internacional de Idiomas. Mis padres me apuntaron a unos cursos de verano para que perfeccionara mi inglés y a ella la enviaron aquí para que aprendiera español. Los profesores organizaban salidas de alumnos por la ciudad y mezclaban las clases para que los angloparlantes nos hablaran en su idioma y nosotros les respondiéramos en el nuestro. O viceversa. Cuestión de intercambio. Nos llevaban a museos o a espectáculos o a visitar rincones emblemáticos de la ciudad, y los guías nos dirigían los

comentarios en ambas lenguas. Y ella se fijó en mí. No me explico por qué. Yo también me había fijado en ella, claro está, pero eso es más fácil de entender porque era, es, bueno, ya lo sabéis, una belleza de esas que te vuelven turulato. Alta altísima, ojos azules azulísimos, cabellos rubios rubísimos y lacios, en melena, piernas largas larguísimas, cinturita de avispa y, bueno, de todo, quiero decir, un busto más que notable. Una chica de pasarela, de portada de revista para adultos, una chica imposible, esa clase de chicas inalcanzables que, hasta aquel momento, cuando dirigían la vista hacia donde yo me encontraba, parecía que veían a través de mí. Pues para mi gran sorpresa, aquella vez Ann se fijó en un servidor de ustedes. Yo tampoco me lo explico, nadie se lo explica, pero fue así.

Fue maravilloso, ya os lo podéis imaginar. Empezamos con risas, como empiezan siempre estas cosas. Tú dices una tontería, y ella se ríe, y su risa se convierte en algo imprescindible para tu vida, de manera que sueltas otra tontería y, cuando consigues que ella continúe riendo, te sientes el hombre más feliz del mundo y ya no puedes parar. Y si ella también sabe contar chistes o hacer cosas graciosas, ya es el disloque. Nos hacíamos mucha gracia mutuamente, como si, al acercarnos, las auras que envolvían nuestros cuerpos, al chocar, produjeran algún tipo de descargas hilarantes, una reacción química, o eléctrica, o lo que fuera, que nos ponía en un estado de euforia extrema. Acabamos hablando en castellano, porque ella lo hablaba mejor que yo el inglés, y yo me partía de risa con su manera de pronunciar, o con algunas construcciones de frases.

Un día, dijo que le gustaba mucho la hostilidad de nuestra ciudad, cuando quería decir *hospitalidad*. Y, para acabar de arreglarlo, cuando quiso dejar bien claro que nos veía muy hospitalarios, dijo que éramos sumamente *hospitales*. Lo que nos llegamos a reír.

Es verdad que la chica que yo conocí no se llamaba Barbara Ann sino Ann Foster, pero ése es un nombre muy vulgar, y parecía lógico que, al hacerse cantante y actriz de fama, se lo hubiera cambiado. Mis compañeros de inglés decían que era una Barbie, «como todas las norteamericanas», y es verdad que se parecía a la muñeca Barbie, y Barbie es diminutivo de Barbara, de manera que a lo mejor de ahí le viene su nombre artístico. En realidad, yo mismo la llamé Barbie en más de una ocasión, lo recuerdo perfectamente. Le comenté que mis compañeros la llamaban así, y no le hizo mucha gracia, de manera que a veces yo también recurrí a ese apelativo para hacerla rabiar: «Ven a ver esto, Barbie», «¡Que no me llames Barbie!». No descarto que, a la hora de buscarse un nombre, mirase al infinito, nostálgica, y dijera: «Quiero llamarme Barbie, Barbara Ann... como la de la canción», y así resultaría que todavía me recordaba y que tuve una participación esencial en la invención de su nombre artístico y, por tanto, en su éxito.

Me contó que vivía en San Francisco, California, y que quería ser actriz. Bueno, en realidad ya era actriz, porque había estudiado interpretación y había actuado en obras de su colegio e incluso había intervenido como personaje secundario en algunas series juveniles de Disney Channel. Su padre trabajaba en el mundo

del espectáculo y le había facilitado el acceso a ese complicado mundo de la farándula.

Las dos auras que nos envolvían se convirtieron en una, de tal manera que nos costaba mucho separarnos, alejarnos el uno del otro. Cuando regresaba a mi casa después de haber estado con ella, me sentía desesperadamente enfermo, como con un mareo terrible, como si me hubieran amputado algo. Ya sabéis lo que es eso. Todo el mundo lo llama *enamoramiento* menos quienes lo padecen, que, durante unos días, al principio, se empeñan en negarlo porque da un poco de vergüenza. Luego, cuando nos reencontrábamos, todos los demás, compañeros, guías, profesores, incluso actores, cantantes o bailarines si estábamos en el teatro, desaparecían de nuestro campo visual y sólo existíamos nosotros. Y apetecía mucho tocarse. Es que se te iban las manos. Nada grave ni atrevido, claro, ya he dicho que teníamos catorce años y mucha vergüenza, pero los dedos parecía que tenían vida propia, en seguida se subían a los hombros de ella, en seguida buscaban su cintura. Y el corazón me palpitaba en la garganta con golpes que entrecortaban mis palabras y estoy seguro de que me ruborizaba y palidecía continuamente, como un semáforo. En fin: que llega el día de la separación y, en un rincón, nos despedimos con un beso, *SWAK*, dijo ella, *Sealed With A Kiss*. O sea, que nos besamos.

Mi primer beso de verdad. Y cuando digo *de verdad*, quiero decir *de verdad* y, si nunca habéis besado de verdad todavía, es inútil que trate de explicar lo que eso significa. Supongo que es una sensación similar a la que experimentó Peter Parker cuando le picó la

araña que lo convertiría en Spiderman, o cuando Hulk se ponía como una furia y se hinchaba destrozando las costuras de toda su ropa hasta quedarse sólo con unos pantaloncitos que debían de apretarle horrores. Supongo que son las hormonas o las feromonas, o una descarga de adrenalina o de testosterona, que se ponen a recorrer el cuerpo a toda velocidad de un lado para otro, como los pasajeros y la tripulación del *Titanic* cuando chocó con el iceberg. Y con tanto ajeteo en el interior del cuerpo tienes la seguridad de que podrías volar si quisieras (que no quieres, para no romper la magia del beso) o que derrotarías sin dudar a cualquier supervillano que se te pusiera por delante. Eso es lo que nos pasa a los chicos, pero me consta que a las chicas les sucede algo muy parecido porque se lo pregunté a Ann y me lo confirmó.

Un beso de verdad, pero de verdad de verdad, es una bomba. Os lo digo yo.

Pero era el de la despedida. Y teníamos catorce años. Sólo catorce años. Los dos lloramos amargamente, yo con los ojos escondidos en su hombro, y los suyos, tan azules, en el mío. Lloramos tanto que me dejó todo el hombro del polo manchado de rímel. Y ahí terminó la cosa.

Se fue a su San Francisco natal.

Bueno, digo que ahí terminó la cosa pero eso no es exacto, claro está. Se terminó lo que podríamos llamar la cosa física, el beso y el tacto y demás. Pero continuamos conectados mediante el correo electrónico, el Messenger y la *webcam* e incluso la correspondencia clásica del papel y el correo postal.

Y, durante un tiempo, yo diría que nuestra relación

se fue estrechando más y más, que nuestras auras se iban fusionando la una con la otra de forma más intensa, aun a pesar de la distancia.

Si os fijáis, es mucho más fácil hablar de amor a distancia. Cuando estás frente a frente con la persona cuya presencia te embriaga, inevitablemente se te traba la lengua, te da vueltas la cabeza, te pones rojo, amarillo y verde, sudas y te tiemblan las piernas, y así es muy difícil mostrar tus aspectos más deslumbrantes y seductores. Siempre acabas sintiéndote como un imbécil. Por eso, hablar con la amada o el amado por teléfono resulta más sencillo. Porque el teléfono y la distancia impiden que veas esa mirada que te está juzgando, que se dilata cuando dices según qué, que duda cuando sueltas un disparate, que fuerza la sonrisa ante un chiste malo. Por teléfono sólo existe la voz, que es menos explícita que los ojos y el gesto.

Claro que la voz también puede ser cortante, en ocasiones. La voz que titubea, que se arrastra, que se endurece, que se torna sarcástica. El teléfono, a veces, no puede impedir que nos ruboricemos o palidezcamos y nos sintamos miserables.

Eso explica, en fin, por qué tiene tanto éxito la comunicación a través del ordenador, del Messenger, Facebook, Twitter, lo que sea. Ahí ya no existe ninguna cortapisa. Sólo escribes. No hay ojos, ni gestos, ni inflexiones de voz que pongan en cuestión lo que dices. Por eso siempre ha sido mucho más fácil expresarse por escrito que en persona. No sé si eso es bueno o malo, pero es así, y así fue la relación entre Ann Foster y yo mientras duró.

Ah, sí, mientras duró. Porque un día Ann Foster no acudió a nuestra cita en el ciberespacio. Y mis cartas dirigidas a la calle Bonita de San Francisco (sí, sí: 70 de Bonita St, San Francisco CA 94109) me fueron devueltas.

Casi inmediatamente, se hizo famosa su versión enloquecida del «Barbara Ann» de los Beach Boys, y comprendí que su vida tenía que haber cambiado de manera radical y que, naturalmente, ya no tenía tiempo de colgarse del ordenador porque estaría todo el día ensayando, cantando, dando clases de voz y danza, maquillándose y probándose modelitos y esas cosas que hacen las estrellas de Hollywood.

Entonces era cuando yo iba diciendo por el colegio, muy pagado de mí mismo: «Pues yo soy amigo de Barbara Ann», y mis compañeros decían: «Sí, sí, y mi abuela es astronauta». Y yo podía enseñar fotos: «Mira, hombre, ya ves que no te engaño», y las miraban y arrugaban el morro y hasta bizqueaban un poco, abrumados por la envidia, y me decían:

—Bueno, sí, se parece un poco. Pero no es ella. No es ella. Todas las Barbies son iguales.

Y yo:

—Que sí, hombre, que sí. ¿Es que eres ciego? ¿Es que sois ciegos?

Luego, estrenaron la película. La carrera artística de esa chica era sideral. Superéxito de la temporada. *Electric Girl*, basada en el cómic de Michael Brennan, protagonizada por Barbara Ann, con Al Pacino en el papel de Oogleoog el Gremlin. Y ahí estaba ella, en la pantalla, en el tráiler, en YouTube, mi adorada Ann

Foster convertida en Barbara Ann y cantando el «Ba ba ba Barbara Ann» de los Beach Boys.

Ah, ba ba ba ba Barbara Ann
Ba ba ba ba Barbara Ann
Oh, Barbara Ann, take my hand,
Barbara Ann...

Y yo:

—Mira ahora, mira. ¿Es la misma o no es la misma?

—No, no es la misma —se emperraban—. Y tampoco es mi abuela. Se parece bastante a mi abuela, pero no es mi abuela. —Siempre acababan en lo mismo—: Todas las Barbies son iguales.

Así entenderéis que, acabado el Bachillerato, les pidiera a mis padres que, si superaba las pruebas de acceso a la universidad, me pagasen un viaje a San Francisco. No a California. A San Francisco, sólo a San Francisco, más exactamente al número 70 de aquella calle que llevaba el bonito nombre de Bonita. Para volver a ver a mi querida Ann Foster, reencontrarme con ella y todo lo que me había hecho sentir y, además, en segundo lugar pero también muy importante, para demostrar a mis amigos que ella, mi amiga, mi corresponsal, la protagonista de mi primer beso de verdad de verdad, era la misma *Electric Girl*, en persona.

Y aprobé el segundo de Bachillerato con buenas notas, y la selectividad, y las pruebas de acceso a la facultad que yo quería.

Y a mis padres, muy satisfechos, no les quedó más remedio que regalarme el viaje. Diez días en San Francisco, California.

—Pero ¿irás tú solo?

—Iré yo solo, pero no estaré solo. Estaré con mi *Electric Girl*.

Dispusimos de todo el mes de julio para preparar el viaje.